

Ficha técnica

Residencia privada, fábrica de paños, colegio de huérfanos de la Guardia Civil y parque Duque de Ahumada

■ Situación: Calle Libertad c/v plaza Duque de Ahumada c/v calle General Dabán c/v calle General Martitegui

■ Autor y fechas:

Edificio original:

Autor: Anónimo

Obra: Sin datos conocidos

Reforma para fábrica:

Autor: Anónimo

Final de obra: 1712

Reforma para fábrica:

Autor: Anónimo

Obra: Hacia 1785

Reforma para colegio:

Autor: Anónimo

Final de obra: 1856

Ampliación:

Autor: Bruno Fernández de los Ronderos

Obra: Hacia 1890

Parque:

Autor: Francisco López Córdón

Final de obra: 1987

■ Promotor:

Edificio original y reforma para fábrica:

José Aguado Correa

Reforma y ampliación para fábrica:

Compañía de Lonjistas

Reforma y ampliación para colegio:

Guardia Civil

Parque:

Comunidad de Madrid

■ Usos:

Residencial, industrial, educativo y recreativo

■ Propiedad:

Original:

Privada

Actual:

Municipal

■ Protección:

Incluido en el Registro

General de Bienes de Interés

Cultural del Ministerio de

Cultura con la categoría de

conjunto histórico y en el

Catálogo de Bienes y

Espacios Protegidos del Plan

General de Valdemoro (PGV)

con protección individualizada de parcelas

real fábrica de paños finos

La Real Fábrica de Paños finos de Valdemoro, luego factoría de tejidos de la Compañía de Lonjistas, más tarde sede del colegio de guardias jóvenes y, por último, actual parque Duque de Ahumada, se asentó en Valdemoro en 1712, a instancias de uno de sus hijos más ilustres, José Aguado Correa, un descendiente de hidalgos que vio en la fundación de la fábrica un trampolín desde el que promocionarse en los círculos nobiliarios y políticos de la corte, amén de un motor con el que reactivar la entonces decrepita economía valdemoreña.

El apoyo del rey Felipe V y los privilegios derivados del mismo, amén de la supuesta calidad de sus manufacturas, elaboradas por expertos de origen flamenco, no fueron suficientes para garantizar la rentabilidad del negocio, que fue languideciendo hasta su completa extinción a la muerte de su fundador en 1731. Hubo de transcurrir medio siglo para que la Compañía de Lonjistas intentara reflotar esta fábrica textil, una aventura empresarial que concluyó en 1855 con la venta de las instalaciones a la Guardia Civil para albergar un colegio de guardias jóvenes. Desde 1987 y transformado en parque, es parte del patrimonio de todos los valdemoreños.

Ambición política, avidez de reconocimiento social, una persistente voluntad de sacar a Valdemoro de una supuesta situación de ruina y el afán de materializar las modernas ideas económicas de tendencias industrializadoras promovidas por la dinastía borbónica reinante fueron los factores cuya concurrencia resultó decisiva para la implantación de la fábrica de paños finos en Valdemoro.

Las pretensiones políticas y el afán por obtener prestigio entre los cortesanos eran atributos que “adornaban” a José Aguado Correa. Descendiente de una de las sagas de más prosapia del concejo, había nacido en Valdemoro en 1671. Su matrimonio con María Magdalena Narbarte, una joven hidalga cuyo patrimonio estaba repartido entre España y Flandes, fue un auténtico pasaporte para entrar por la puerta grande en la corte de Felipe V, de la mano del muy influyente Jean de Brouhoven, a la sazón, conde de Berwick y asesor del monarca en cuestiones relacionadas con la industrialización de la Península.

Corría el año 1711 y Aguado Correa, decidido a aprovechar sus nuevas amistades y a ganarse la permanencia en los círculos palaciegos por méritos propios, se convirtió en abanderado de las modernas ideas del liberalismo económico promovidas por los políticos franceses, especialmente por Colbert, y orientadas a la renovación industrial y a fomentar la competitividad de los productos españoles, nula hasta ese momento.

Dispuesto a materializar esta filosofía en una realidad concreta, surgió el proyecto empresarial de la fábrica de paños finos en Valdemoro. El origen flamenco del conde de Berwick parece ser una de las claves de la elección de este tipo de manufacturas tan típicas de su Flandes natal.

marketing social

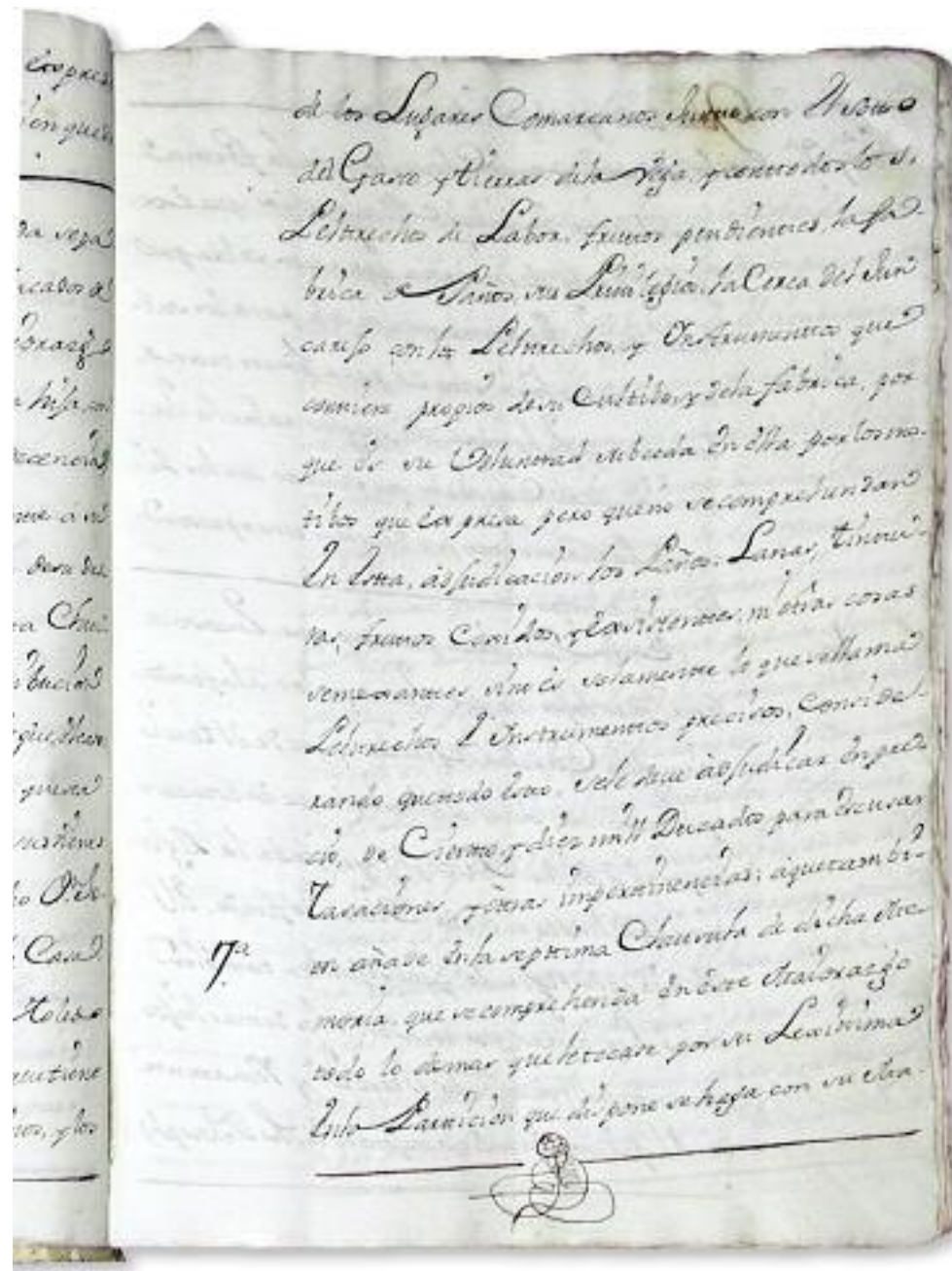
También contribuyó, no obstante, la redonda operación de *marketing* que realizó el propio Aguado Correa, haciendo hincapié en los beneficios sociales que la empresa reportaría a los moradores de su patria chica.



Archivo Municipal



I
Foto aérea del parque Duque de Abumada -desarrollado sobre la parcela en la que se levantaba primero la fábrica de paños y más tarde el colegio de guardias jóvenes- tomada a principios de la década de los noventa del siglo pasado.
I



2
Testamento de José Aguado
Correa, fundador de la fábrica de
paños. 1731. (APV).

Bien es cierto que en Valdemoro se daban, además, una serie de condiciones que, puestos a fundar una fábrica de estas características, hacían de la villa el lugar idóneo para su instalación, a saber: proximidad a vías comerciales, con disponibilidad de agua, población desocupada o de ascendencia artesanal y con una arraigada tradición de ferias y mercados. La cercanía al Real Sitio de Aranjuez resultó definitiva, tanto porque garantizaba la afluencia de comerciantes como porque sus bosques eran una fuente de suministro de madera, tan necesaria para el desarrollo del proceso industrial.

Habría que añadir a ello que la fase de industrialización emprendida por los Borbones mostraba una clara preferencia por la instalación de las factorías en zonas de agricultura deprimida. También en eso Valdemoro cumplía el perfil.

En este contexto, José Aguado se presentó ante la Junta de Comercio el 31 de diciembre de 1711 con un ambicioso proyecto bajo el brazo: en la fábrica de paños finos de Valdemoro se montarían una docena de telares en sus primeros cuatro años de vida, a los que se sumarían 40 o 50 más en la siguiente década.

Tampoco en los operarios iba a escatimar esfuerzo alguno. Estaba dispuesto a contratar tejedores flamencos y franceses que, con su buen hacer y vasta experiencia, garantizaran la calidad del producto final. El silogismo no se cumplió. La llegada de tejedores extranjeros tuvo repercusiones en la vida social del municipio, ya que muchos de ellos desposaron con valdemoreñas como ha quedado reflejado en el *Libro de matrimonios 1700-1723* (APV), pero los paños nunca resultaron ser tan finos como proclamaba el nombre de la fábrica. Tampoco se llegó a consolidar una cantera de expertos en la elaboración de tejidos, así que cuando llegaron las horas bajas, los especialistas foráneos emigraron a otros lugares donde poder



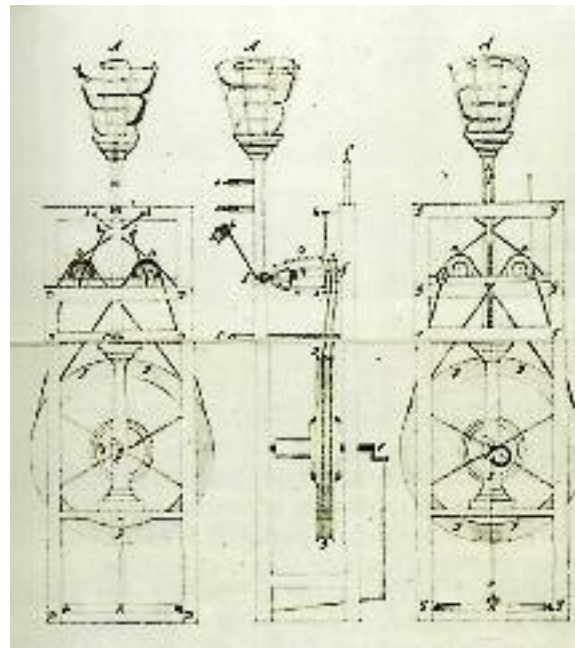
desarrollar su oficio y los apellidos flamencos desaparecieron del padrón valdemoreño sin dejar rastro alguno.

protección real para una real fábrica

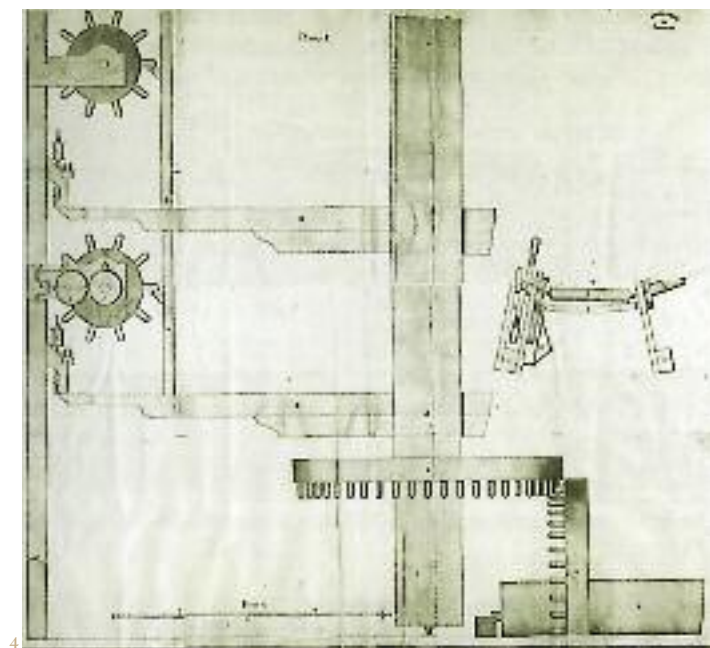
De nada sirvieron las numerosas prebendas con que el monarca bendijo y que quedaron oficialmente recogidas en la real cédula que Felipe V expide el 2 de octubre de 1712, en la que, luego de reconocerla como “único medio para hacer opulentos” sus dominios y “privar a las naciones extranjeras del que practican y les enriquece”, establece la concesión de 20.000 pesos escudos de plata a José Aguado Correa, a sus hijos, herederos y sucesores, en “atención a ser esta obra de mucho dispendio”, según dice Emilio Larruga y Boneta en su obra *Memorias políticas y económicas sobre los frutos, comercio, fábricas y minas de España* (1787-1800).

Una subvención inicial que no llegó sola: “para mayor adorno de esta fábrica, también he venido en concederos [...] el honor de que podáis nombrarla y deba nombrarse *Fábrica Real*”. Asimismo, la real cédula determinaba, durante cuatro décadas, la exención fiscal de la empresa, la libertad de exportación de sus productos “para todos los países extranjeros por mar y tierra a la reserva de las Indias”, la dispensa del pago de impuestos en la compra de comestibles para el abastecimiento de cuantos operarios trabajasen en las instalaciones de Valdemoro, quienes no podrían ser enviados a la guerra sin su consentimiento; del mismo modo quedaban liberados de la obligación de alojar en sus viviendas a “cabo o soldado alguno”. Ahí no quedaba todo. La particular visión que Felipe V tenía de lo que hoy sería el Tribunal de la Competencia le llevó a prohibir el establecimiento de otra fábrica de sus características en un radio de cuatro leguas y por el mismo periodo de cuarenta años.

Se sumaba a todos estos privilegios la carta blanca para la obtención de cuanta madera fuera necesaria para el normal funcionamiento de la factoría, de los bosques de Aranjuez: “os concedo licencia y facultad para que



3



4

3

*Torno de hilar a dos manos,
1781.*

4

*Torno para torcer y devanar
sedas, 1753.*

5

Entrada principal al parque Duque de Abumada, donde hasta 1972 se encontraban las instalaciones educativas de la Guardia Civil.



podáis cortar y sacar de dicho mi Real Sitio por una vez, veinte árboles de álamos negros [...] y doscientas cargas de leña baja, como taray u otra semejante, sin que para ello se os ponga embarazo alguno". Una libertad similar le dio para la conducción de aguas desde la localidad ribereña a Valdemoro, así como el derecho de tanteo: sobre "cualquier pila de lana que se venda [...] con tal que sea para consumirla en las manufacturas de esta fábrica".

una fábrica palacio

Tantas reales ventajas no aceleraron, sin embargo, el inicio del proceso productivo que, según parece, tuvo lugar hacia 1715. El edificio ubicado entre las calles General Martitegui (entonces Madrid), Libertad (antes Torrejón), plaza Duque de Ahumada (denominada en aquella época plaza Nueva) y General Dabán, que en ese momento recibía, por razones obvias, el nombre de calle de la Fábrica, parece que también fue el lugar de residencia de los Correa. Era una tendencia imperante en la época, puesto que Juan de Goyeneche optó también por una estructura de fábrica palacio en su emporio de Nuevo Baztán (Madrid). Como ésta, la de Valdemoro tenía cierto aspecto palaciego, según apunta uno de los descendientes de Aguado, Pedro García Sánchez, en un texto sobre la historia de Valdemoro que escribió en 1914.

Aunque no hay documento alguno que permita aventurar las características arquitectónicas del edificio fabril de Valdemoro, sí se sabe que tenía 2.000 metros cuadrados construidos sobre una parcela de 4.200, era de planta rectangular y en su fachada principal tenía dos cuerpos con ventanas embellecidas. El amplio patio ubicado en la parte posterior de la construcción era el lugar donde, a buen seguro, se instalaban los telares. Asimismo y como era habitual en Valdemoro, contaba con una cueva o bovedilla que ocupaba una superficie aún mayor que la propia edificación.



Nada se sabe de la disposición interior de los espacios aunque no parece descabellado que fuera similar a la manufactura de paños de Brihuega (Guadalajara), de la misma época, que ocupaba tres fanegas de tierra y contaba con cocina, oficinas de contaduría y tenería, almotacenes o salas de pesajes y medidas, sala de almacenaje de paños acabados, espacios para emprimir o dar un segundo cardado a la lana, para urdir tejidos y para tundir; salas para el perchado o raspado de telas, tendadero de paños y otros habitáculos diferenciados para el resto de tareas encaminadas al proceso de fabricación (desmotado, descadillado y baqueteado, entre otras).

En el momento de su inauguración, la fábrica de Valdemoro albergaba media docena de telares en los que trabajaban 84 personas, 27 de las cuales habían sido traídas de Flandes por el mismísimo conde de Berwick para tal propósito. Poco más de una década después, en 1726, la plantilla ascendía a 330 trabajadores para atender 25 telares, cifras que entre 1730 y 1731 llegaron a 476 y 34, respectivamente.

No existen, sin embargo, datos sobre su producción aunque en la Real Cédula de 11 de julio de 1715, expedida por Felipe V y referida, entre otros asuntos, al consumo de tinturas, establece como media mensual “de 11 a 12 piezas de paños de 32 varas cada una [...] de diversas mezclas y colores”.

la decadencia

El rastro de su funcionamiento se pierde hacia 1731, fecha en que, además, se produce el óbito de su fundador. No obstante su decadencia se había iniciado tiempo atrás como consecuencia de la fuerte competencia de la floreciente industria textil de las colonias españolas en América. Una competencia que hizo necesaria la intervención de la Corona con medidas proteccionistas. Así, a través de la Real Cédula de 20 de octubre de

1719, prohíbe de manera tajante y “bajo pena de sanciones”, que los uniformes militares procedan de fábricas allende las fronteras españolas. Simultáneamente obliga a que se adquieran en las de Guadalajara, Segovia, Nuevo Baztán y Valdemoro, entre otras.

En el momento de la muerte de José Aguado Correa la industria ya se encontraba en situación de ruina. En su testamento, que se conserva en el Archivo Parroquial de Valdemoro, determina que su viuda herede parte de la utillería —17 telares de distintos tamaños y cinco mesas de tundir, entre otros artilugios—, por valor de 16.170 reales y 17 maravedíes de vellón.

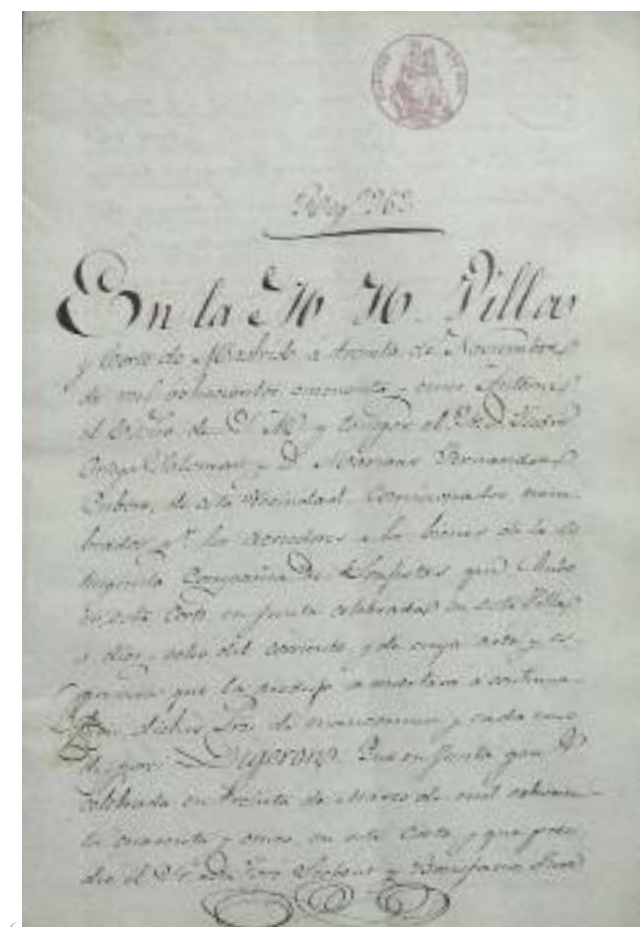
Ya antes del fallecimiento de su fundador, la marcha de España del que había sido su principal mentor, Brouchoven, fue el primer detonante para el progresivo languidecimiento de la fábrica. Cuando en 1753 se hacen las averiguaciones para la elaboración del *Catastro de Ensenada*, la que debía haber sido auténtica impulsora de la actividad industrial de la villa ni siquiera queda reflejada en este documento de carácter marcadamente económico, lo que resulta un claro indicio de que había cesado en su actividad.

resurgir en otras manos

Hubo de transcurrir más de medio siglo desde el repartimiento de bienes de Aguado Correa para que la industria textil resurgiera en Valdemoro con nuevos bríos. Corría el año 1785 y esta vez los promotores del invento no eran ideólogos como el conde de Berwick ni hacendados con ansias de notoriedad cortesana al modo del hidalgo valdemoreño, sino un grupo de curtidos empresarios agrupados en una suerte de sociedad anónima de la época. La Compañía de Lonjistas de Madrid, con sede social en la capital y en activo al menos desde 1764, estaba constituida por un número indeterminado de socios y la “cotización” de cada una de sus acciones rondaba los 500.000 reales de vellón.

6

Documento que forma parte de la escritura de compraventa del edificio fabril por parte de la Guardia Civil, en 1855. Se conserva en el museo del colegio de guardias jóvenes Duque de Abumada.



6

7 y 8

Carlos III otorgó a la fábrica de tejidos de Valdemoro el privilegio de confeccionar medias para la guardia real y otros artículos textiles para el ejército.



7 8



No obstante parece que la manufactura valdemoreña era su primera incursión en ese sector ya que hasta ese momento su ámbito de actuación era el comercio de cacao, azúcar y especias.

Las circunstancias y los protagonistas eran muy diferentes a los que propiciaron la puesta en marcha de la primitiva fábrica de Aguado pero también Carlos III, ya en la recta final de su reinado, otorgó algunos privilegios a los emprendedores lonjistas, como el de marcar sus prendas con “el título de Real Fábrica de Valdemoro” o ser proveedores de medias a la Guardia Real y de otros artículos textiles al ejército. Fue a través de la Real Cédula de 20 de diciembre de 1785, en la que concede la instalación de una fábrica de medias, gorros, guantes, cintería y listonería, en las clases de seda filosedá, estambre, lino, lana y algodón. Los paños finos eran agua pasada.

gestión eficaz y boom

Todo apunta a que la Compañía de Lonjistas de Madrid hizo valer su experiencia en las lides empresariales para que la productividad de la fábrica experimentase un espectacular *boom* en los tres años siguientes al reinicio de su actividad. Con objeto de hacer frente a la demanda hubieron de adquirir en 1787 una veintena de telares procedentes de las manufacturas reales de León y Burgos, en los que invirtieron 134.600 reales de vellón, entre el precio de compra y los gastos de reparación. Así mismo, se procuraron unos terrenos contiguos al palacete fabril que les permitieron ampliar el espacio destinado a la producción industrial.

Posteriormente y según se fueron presentando las necesidades a medida que aumentaba el rendimiento, llegaron a desembolsar hasta tres millones de reales de vellón destinados a la compra de equipamiento, maquinaria y materias primas. El negocio funcionaba.

Eran años de clara expansión. La fábrica daba empleo a un buen número de vecinos de Valdemoro, amén de



numerosas localidades de la comarca y eran de sobra conocidos por su calidad sus bayetones y tejidos. Además, la infraestructura de almacenaje de que disponían los lonjistas les permitía hacer acopio de sus artículos en puntos tan distantes geográficamente como Toledo, La Coruña, Sevilla o el propio Valdemoro y el Ejército, la Marina y la Casa Real eran algunos de sus más destacados clientes.

Para entonces no todos los trabajadores del sector textil de Valdemoro desempeñaban su actividad laboral en las instalaciones fabriles aunque todos trabajaban para la manufactura de los lonjistas. Y es que a finales del siglo XVIII el municipio se había poblado de artesanos experimentados en alguna de las fases del proceso de fabricación de paños y la realizaban en sus casas-taller.

La estructura empresarial jerárquica, seria y profesional de la Compañía de Lonjistas de Madrid, que aplicó un sistema de gestión muy moderno para la época fue, sin lugar a dudas, la clave del éxito de esta industria y el contrapunto a la aventura de Correa. Así, la sociedad nombraba un director que residía en las propias instalaciones de la Real Fábrica de Paños y cobraba un salario anual de 18.000 reales de vellón, a los que había que sumar una participación en los beneficios de la empresa. A cambio disponía de una amplia autonomía para determinar las características de los productos que debían fabricarse y era responsable de las existencias que quedaban cada año en depósito.

de mano en mano

Santiago Romero fue el primer director de la industria valdemoreña por delegación de los lonjistas y su impecable gestión (1786-1790) se caracterizó por la eficacia y el olfato empresarial. Los resultados no se hicieron esperar: proliferación de las ventas, ampliación de las dependencias fabriles, incorporación de maquinaria más moderna e incremento y especialización de los operarios.



9

Fachada principal del edificio del colegio de guardias jóvenes que se levantaba sobre el solar de la que fue Real Fábrica de Paños de Valdemoro, en la década de los veinte del siglo pasado.

Cedida José María Blanco Frere

9



Autor: Foto Soler. Cédida: Colegio de guardias jóvenes

10

10

Uno de los dormitorios del colegio de guardias, a comienzos de la pasada centuria.



Autor: Foto Soler. Cédida: Colegio de guardias jóvenes

11

11

Aulas del colegio de guardias en la década de los años veinte del siglo pasado.

Sin embargo, su relación con la Compañía de Lonjistas de Madrid no fue fácil y terminó abandonando el cargo para ponerse al frente de las más importantes fábricas de tejidos del reinado de Carlos III: Brihuega, San Fernando y Guadalajara. Pero las diferencias entre propietarios y gestor parecían ser inherentes al cargo y su sucesor, Gregorio García, tampoco se libró de ellas. Dos años después de responsabilizarse de la fábrica de Valdemoro fue despedido y entonces fueron los propios lonjistas los que tomaron el mando del establecimiento, convencidos de su capacidad de reducir gastos y mantener el ritmo de producción.

Pero la fase expansiva de los primeros años se trocó en regresión. La llamada a filas de sus operarios más jóvenes para participar en la coalición antirrevolucionaria contra Francia dejó muy mermada la plantilla, hasta el punto de que los responsables de la empresa solicitaron la intervención real para que se eximiera a sus trabajadores de los deberes patrióticos. No pudo ser. La gravedad de las circunstancias desaconsejaba la medida y el personal de la fábrica valdemoreña siguió menguando, del mismo modo que lo hacía su producción. Paralelamente crecían las dificultades para la comercialización de sus artículos al tiempo que emergía con fuerza la poderosa industria textil catalana.

La inestabilidad política característica del siglo XIX fue la puntilla para este establecimiento industrial que ya en 1848 había dejado de estar en activo, aunque estaba siendo administrado por una junta de acreedores. La misma que en 1855 vendió el edificio de manufacturas a la Guardia Civil.

en manos de la benemérita

Cuando en 1855 la Guardia Civil adquiere el solar y edificio en ruinas que fue Real Fábrica de Paños finos de Valdemoro, el cuerpo era una institución joven -había sido fundada en 1844 por Francisco Javier Girón y



Ezpeleta, II duque de Ahumada y V marqués de Las Amarillas- pero contaba ya con un considerable número de discípulos. Tantos que habían dejado pequeñas las dependencias situadas en el vecino municipio de Pinto adonde se habían trasladado para recibir formación desde el cuartel de San Martín en Madrid, donde se creara el colegio en 1853, también por iniciativa del duque de Ahumada.

Así las cosas, la mudanza a Valdemoro suponía, ante todo, ganar espacio y mejorar las instalaciones. Y es que, según la escritura formalizada ante notario el 30 de noviembre de 1855, la parcela tenía una superficie de 54.000 pies cuadrados (5.017 metros cuadrados), sobre la que se asentaba el establecimiento fabril, de 26.000 (2.416 metros cuadrados). Un nuevo espacio por el que la benemérita hubo de pagar 110.000 reales de vellón que se comprometió a abonar en cinco plazos anuales cuyas facturas se conservan aún hoy en el museo del colegio de guardias jóvenes.

La parcela en la que se ubicó la manufactura textil se convirtió en el cuerpo central del establecimiento educativo de la institución creada por el duque de Ahumada, al que posteriormente se le fueron añadiendo otros edificios anejos destinados a usos diversos como picadero o enfermería, entre otros.

El arquitecto provincial Bruno Fernández de los Ronderos, en cuyo currículo se encuentran el colegio de huérfanos de San Ildefonso en la calle Alfonso VI de Madrid, el edificio que hoy alberga la discoteca Joy Eslava en la calle Arenal, también de la capital o, ya en Valdemoro, el colegio Marqués de Vallejo, fue el encargado de proyectar el inmueble en el que iban a formarse numerosas generaciones de guardias civiles.

edificio sólido y práctico

Este prestigioso arquitecto se inclinó por una construcción de aspecto sólido y fábrica de ladrillo con

habitaciones muy espaciosas y en la que, según parece, se aprovecharon algunos elementos constructivos de la factoría textil. El objetivo era crear un edificio amplio con dependencias muy diferentes entre sí y acondicionadas para las diversas funciones a que iban a destinarse: enseñanza, alojamiento, higiene, comedores, salas de instrucción primaria o enfermería, entre otras. En definitiva, el sentido práctico y la funcionalidad debían presidir el diseño.

Un edificio que Andrés Molinero y Gómez Cornejo describió tan exhaustiva como rigurosamente en su prolija *Reseña histórica y orgánica del Colegio de Guardias Civiles Jóvenes de Valdemoro, desde su fundación en 1853 hasta fin de 1881*. (Madrid 1883). La puerta principal del mismo se hallaba en la fachada suroeste y sobre el dintel, la inscripción “Guardia Civil” dejaba clara la titularidad de la construcción, que quedaba ratificada con las dos garitas para centinelas que presidían dicha entrada. Frente a ellas, según Cornejo, se encontraba “una plazoleta con trece árboles y una pared” que la cerraba, excepto por el Este, donde estaba abierta para el paso.

La primera habitación a que daba acceso esta puerta era la destinada al cuerpo de guardia.

en torno al patio principal

A la izquierda de esta entrada se encontraba el jardín del patio principal, bordeado por una quincena de pilastras para macetas. El elemento ornamental más emblemático era la cascada artificial con surtidor que presidía la parte central de esta zona ajardinada en la que florecían arbustos, plantas y algunos árboles.

No obstante era en el patio el lugar en que los árboles tenían todo el protagonismo. Hasta 43, entre jóvenes y viejos, afirma Gómez Cornejo que rodeaban este espacio descubierto ideado para el descanso y recreo de los alumnos, como así lo ponían de manifiesto los bancos rústicos diseminados por el mismo.

12

Uno de los patios del colegio de guardias jóvenes Duque de Ahumada cuando aún se levantaba sobre lo que hoy es el parque del mismo nombre. Años cincuenta del siglo pasado.

Café: Colegio de guardias jóvenes



12

13

Formación de caballería en el segundo patio. Década de los veinte del siglo pasado.



Al Este se encontraba la puerta que daba acceso al interior de la planta baja por el cuarto de banderas que, a su vez, era el paso hacia los despachos del primer y segundo jefe.

Por lo que se refiere a las dependencias destinadas a servicios generales del centro se distribuían al oeste del patio principal. La “Enfermería”, como rezaba sobre el arco de medio punto de madera por el que se accedía a la estancia, incluía dos salas muy luminosas de diferente tamaño. Pero la enfermería estaba concebida como una estancia muy específica que incluía otras instalaciones de servicios propias como la cocina, el cuarto de baño, el botiquín o el evacuatorio. Era, en definitiva, un pequeño hospital dentro del colegio.

Junto a la puerta principal del dispensario se disponían los diferentes talleres de suministros: el del guarnicionero, la sastrería, la zapatería y la carpintería.

segundo patio e inmediaciones

La clase y los dormitorios de caballería se encontraban en la parte norte del patio principal y junto al pasillo embaldosado de piedra de granito que daba paso al segundo patio. Éste también contaba con espacios ajardinados según la tradición inglesa y en él había plantados hasta 67 árboles entre acacias y álamos negros, lo que da buena cuenta de sus dimensiones.

A este segundo patio se accedía a través de una escalinata de piedra de granito rematada con una balaustrada de hierro de bronce verde. A la izquierda de la misma estaba la lampistería, la herrería y las letrinas que utilizaban los estudiantes durante el día y que constaban de cuatro asientos con “meseta de madera”, según Gómez Cornejo.

También en torno al segundo patio se encontraban los equipamientos deportivos del centro, el frontón o juego de pelota, junto al que había un estanque destinado a la práctica de la natación, que estaba rodeado



por una pequeña pared de ladrillo y piedra de granito sobre la que se asentaba una característica verja de hierro.

Muy próximo al mismo se ubicaba el gimnasio del colegio. Esta sala, que tenía dos puertas y trece ventanales de diferentes tamaños, albergaba también un pequeño espacio para el desarrollo de la clase de música. Y es que ésta era una de las disciplinas que ocupaba una parte esencial en la formación de los alumnos del colegio que, según relata Román Baíllo en su obra *Valdemoro* (1891), contaban “con instrumental suficiente para formar una *charanga*”. Era el germen de la banda de música del colegio de guardias jóvenes Duque de Ahumada que en tantas ocasiones ha acompañado al Cristo de la Salud y a la Virgen del Rosario en sus recorridos procesionales por las calles de Valdemoro.

servicios y suministros

A la derecha del segundo patio estaban las dependencias destinadas a servicios y suministros tales como los almacenes de víveres, el depósito de patatas, la carbonera o los urinarios, además de la cocina. A ésta se accedía por el patio y constaba de dos cuartos destinados al cocinero y al ayudante de cocina. El fogón, según la descripción de Gómez Cornejo: “está colocado a la derecha, revestido de azulejos, y una plancha estrecha de hierro que limita su frente y costados; un hueco con dos puertas de madera para el carbón; tres grandes hornillas con sus huecos para el desabogo de las cenizas, y dos puertecillas de hierro con picaporte en el frente de las dos hornillas de los extremos; otras tres hornillas fijas y pequeñas, también de hierro, y un tubo ventilador al exterior, que comunica con las tres hornillas grandes, a merced de una manivela de hierro giratoria para interceptar o dar paso a los vientos; encima del fogón existen dos cadenas con duplicadas poleas pendientes del techo por medio de unas anillas fijas”.

Dos alacenas completaban las instalaciones de una cocina que se revelaba muy avanzada para la época, ya que disponía de “una fuente de piedra de granito con grifo de metal dorado y pila con caño para el desagüe”, amén de un ascensor para el transporte de víveres.

El pabellón destinado a oficinas, cuya puerta de entrada estaba en el patio principal, constaba de una galería que en la reseña de Andrés Molinero y Gómez Cornejo aparece como “sostenida por seis pies derechos que descansan en el patio, seis ventanas con luces a éste, cada una de las cuales consta de dos puertas vidrieras”. Cuatro puertas más daban acceso a otras tantas dependencias con paredes empapeladas y suelo de baldosas, todas ellas de similares características y algunas comunicadas entre sí y con balcones al exterior. Una de estas salitas incorporaba incluso una cocina, equipada con fogón y despensa, y un retrete. Casi una *suite*.

entre la formación y la religión

La zona del edificio destinada a la formación y educación de los guardias jóvenes era la galería baja, un espacio longitudinal y entarimado con zócalo de piedra, por el que se distribuían las clases de instrucción primaria elemental y superior, el cuarto de escribientes, la academia de instructores, la sala de exámenes y cuatro estancias destinadas a los semestres militares. La barbería, la sala de aseo y las letrinas, el comedor, el cuarto de corrección y la habitación en la que se distribuían los servicios de la tropa, denominada *furrielería*, completaban esta área del edificio.

Pero la galería baja también albergaba la capilla dedicada a la patrona del cuerpo, la Virgen del Pilar, que fue bendecida por el cura párroco en marzo de 1876 con la asistencia del director de la Guardia Civil, Emilio Cánovas del Castillo, el arquitecto provincial y otras personalidades importantes del cuerpo y del municipio, tal y como apareció publicado en *La Gaceta* del 29 de marzo de ese año.

14

Primer plazo de pago de la Guardia Civil a los lonjistas para la adquisición del edificio fabril (30 de noviembre de 1855). Museo del colegio de guardias jóvenes Duque de Abumada.



14



15

Alumno del colegio de guardias jóvenes a principios del siglo XX.

15

El lugar de oración y recogimiento al que los guardias acudían con cierta frecuencia y en el que se celebraban misas, se caracterizaba por su gran sencillez arquitectónica y ornamental, de la que eran buena prueba su suelo de baldosines y el papel que recubría sus paredes, sólo horadadas por dos ventanas ojivales.

La planta principal, a la que se accedía a través de una escalera de madera de 27 peldaños, estaba reservada para los dormitorios de las cuatro compañías. Eran habitaciones amplias y muy luminosas, ya que en ellas abundaban los ventanales.

Una galería actuaba como distribuidor de las siete estancias destinadas al descanso de los guardias y a lo largo de sus paredes laterales se alineaban hasta 51 armarios de madera en los que se guardaba el armamento, el vestuario y el correaje. El excusado que daba servicio al ala de dormitorios se situaba en uno de los extremos del corredor.

Un desván que incluía varias buhardillas y una sala que se utilizaba como polvorín remataban el edificio en el que también había una sala habilitada como biblioteca con, al menos, 800 volúmenes.

educativo y benéfico

De las diversas dependencias con que contaba el colegio de guardias jóvenes, denominado Duque de Ahumada en honor a su fundador, era fácil deducir que estaba concebido casi como un pequeño pueblo equipado con todos los servicios necesarios para el desarrollo de la vida cotidiana del alumnado. De ahí que entre la tropa hubiera sastres, hojalateros, carpinteros y, según relata Román Baíllo: *“demás oficios que se crean convenientes para que los jóvenes que no se dediquen a servir en el Instituto puedan aprender un oficio”*.

No en vano, la razón de ser de este establecimiento estaba a medio camino entre lo educativo y lo benéfico ya que su principal objetivo era ofrecer una salida labo-

ral a los hijos de los guardias civiles muertos o incapacitados en acto de servicio, ya fuera en el seno de la propia institución o bien desempeñando alguna profesión en el ámbito civil. Cualquiera que fuese la elección, el máximo de alumnos que podían integrar la comunidad educativa a finales del siglo XIX ascendía a 435, aunque lo habitual era que sobrepasara escasamente los tres centenares.

La vida del centro discurría con normalidad, en un ambiente en que la disciplina se combinaba con una clara voluntad por parte de la plantilla orgánica que dirigía el colegio de mejorar constantemente las condiciones de vida de los estudiantes. Buena prueba de ello es la colocación de braseros en las clases para que la instrucción se realizara en un ambiente templado al abrigo de los rigores invernales.

Y así hasta el estallido de la Guerra Civil. Los alumnos del colegio de guardias jóvenes Duque de Ahumada también vivieron unas largas vacaciones del 36. Fueron evacuados al balneario o hervideros de la Fuensanta, en las inmediaciones de Ciudad Real, mientras que en el establecimiento de Valdemoro únicamente quedó un destacamento de personal del instituto armado que se hizo cargo del mismo hasta su cierre como colegio para ser acondicionado como hospital de sangre. Parece que no fue hasta 1940 cuando retomó su actividad normal con el retorno de los educandos.

Poco más de dos décadas después el edificio comenzó a manifestarse insuficiente para las necesidades de formación derivadas de la progresiva profesionalización de la benemérita, así que a comienzos de la década de los sesenta la Dirección General de la Guardia Civil empezó a sondear otras posibilidades y otros espacios. Así fue como adquirió varias fincas para construir las instalaciones que hoy ocupa en el municipio, desde que se inauguraran en 1972, fecha en que el cuerpo abandonó definitivamente el edificio que un día fue Real

16

Escultura del duque de Ahumada situada en el parque que lleva su nombre, obra de Sergio Blanco, instalada en el año 2003.



16



17
*Lápida ubicada en el parque
Duque de Ahumada que recuerda
la presencia del colegio de guar-
dias jóvenes en ese mismo empla-
zamiento.*

17

Fábrica de Paños de Valdemoro para cedérselo al Ayuntamiento.

Aún hubieron de transcurrir casi tres lustros hasta que el 7 de mayo de 1987 se abriera al público el que hoy es uno de los parques emblemáticos del municipio y al que, en memoria de lo que un día fue, se le bautizó con el nombre de Duque de Ahumada. Su definitiva integración en la vida cotidiana del municipio llegó en mayo de 2001 cuando el centro municipal de mayores cogió el relevo de la vitalidad que Aguado Correa siempre soñó para este espacio de su pueblo.

Detalles constructivos

La fábrica de paños finos limitaba al Norte con la calle Torrejón y unas casas particulares, al Sur con la plazuela Nueva, al Este con una calle pública, posteriormente conocida como de la Fábrica y al Oeste con la calle Madrid (actuales Libertad, Duque de Ahumada, General Dabán y General Martitegui, respectivamente). Este sector se sitúa al suroeste de Valdemoro, en el lugar hoy ocupado por el parque Duque de Ahumada y muy cerca de la plaza de la Constitución, de la plaza Cánovas del Castillo y de la calle Estrella de Elola, en la que se estableció un sistema de alcantarillado de unos 500 metros hasta la carretera de Andalucía para servicio de la fábrica, con acometidas en algunas de las calles inmediatas. La proximidad de esta vía, el camino real, y la cercanía de Madrid y del Real Sitio de Aranjuez favorecieron su construcción.

Fue emplazada en 1712 en una gran casa de su promotor, José Aguado Correa, que se reformó para la función requerida con maderas trasladadas de El Espinar. La planta era rectangular y sus características arquitectónicas serían similares a las de otros edificios de esta categoría de Valdemoro, con gruesos muros de aparejo toledano, huecos con ladrillo a sardinel y cubierta a cuatro aguas de teja árabe.

La fábrica se amplió comprando solares contiguos hasta alcanzar 4.200 metros cuadrados la parcela y 2.000 la edificación, y se crearon otros establecimientos de apoyo en el pueblo y en las cercanías; tenía oficinas y almacenes en Valdemoro, Madrid y otras ciudades. Las edificaciones de la fábrica se extendían principalmente a lo largo de la calle homónima y en la parte posterior.

En 1855 la Guardia Civil compró la arruinada fábrica de paños y terrenos adyacentes, que fue reformada un año después para el establecimiento del colegio de guardias jóvenes, destinado a la formación de los hijos del cuerpo y futuros guardias civiles. El conjunto contaba con dos grandes patios: uno primero asociado al edificio principal, al que se accedía por el Sur desde una plaza arbolada y a través de una portada con garitones, que fue ajardinado para el uso de los alumnos —incluso con una fuente con cascada—, y, tras una crujía, el segundo, que se abría al Norte, también con jardines. El edificio formaba una H, con el primer patio meridional, el principal, que contenía, en el cuerpo de la antigua fábrica, las principales dependencias —despachos de jefatura, cuartos de guardia y de banderas— y en el occidental, la enfermería, con dos amplias salas y diversas dependencias, junto a los talleres de suministros.

A este patio se abrían las oficinas, con una galería acristalada sostenida por seis pies derechos; en la parte septentrional se encontraban las clases y los dormitorios. Las primeras se localizaban en la galería baja que incluía la capilla de la Virgen del Pilar, la barbería, sala de aseo y letrinas, el comedor y otros. A través de una escalera de madera se accedía a la segunda planta, con los amplios y luminosos dormitorios comunicados por una gale-

ría que llevaba a las letrinas. El desván, el polvorín y la biblioteca completaban este sector desde el que un pasillo con pavimento de granito daba paso al patio segundo.

Se accedía a este espacio, con un importante arbolado y situado a diferente nivel, mediante una escalera de piedra berroqueña con barandilla de hierro, aneja a la lampistería, herrería y letrinas. En el patio se encontraban el frontón, la piscina para la natación —formalizada como un estanque, con su zócalo y verja perimetral—, el gimnasio, de amplias dimensiones, y la sala de música. En la parte oriental se hallaban varias dependencias de servicio, como almacenes de víveres, carbonera y la cocina, con dos viviendas para el personal de la misma.

El conjunto original se amplió a finales del XIX con un edificio que albergaba las principales dependencias del colegio. El proyecto fue redactado por Bruno Fernández de los Ronderos, que se inclinó por el eclecticismo reflejado en sus edificios madrileños —el teatro Eslava, unas viviendas en la plaza de la Independencia o la reforma del colegio de San Ildefonso— y en el asilo de huérfanos del Juncarejo, también en Valdemoro.

Este amplio cuerpo cerraba el patio principal por el Sur y sustituyó al acceso original. En el espacio público anterior, de forma triangular, se reformó la antigua plaza arbolada con la colocación de una escultura del fundador de la Guardia Civil, el ajardinamiento del área y su cerramiento con una verja sostenida en pilastrones de fábrica; el aparejador municipal, Miguel Leyva, lo amplió en 1945 y fue reformado recientemente.

El nuevo edificio tenía forma cuadrangular y dos plantas; la fachada más representativa se abría a la plaza del Duque de Ahumada y estaba construida con fábrica de ladrillo visto, rematada con una cornisa con falsos matacanes y almenas que ocultaban la cubierta de teja cerámica, elementos decorativos que le proporcionaban una imagen pseudomilitar. Se accedía por un cuerpo avanzado con remate superior con frontón curvo y escudo. Los huecos, de disposición simétrica sobre el zócalo e imposta de primera planta, eran balcones recercados con antepecho de obra. Durante un tiempo la fachada estuvo revocada y se colocaron cuatro garitas de vigilancia en sus esquinas y en los puntos de encuentro con las dos grandes alas originales, de aparejo toledano, dos alturas y perpendiculares al nuevo edificio. En su interior se distribuían grandes espacios diáfanos con iluminación natural cubiertos con forjados y armaduras de madera vista.

Evacuado en la Guerra Civil, se utilizó como hospital de sangre y recuperó al terminar la contienda su función habitual hasta que en 1972 se trasladó a su ubicación actual. Los edificios del colegio y los terrenos donde se asentaba fueron cedidos al Ayuntamiento, que los derribó conservando varios muros exteriores como cerramiento del nuevo parque Duque de Ahumada en honor al fundador de la Guardia Civil. El proyecto fue redactado por Francisco López Cordero e inaugurado en 1987.